
ESTRATEGIAS DOCENTES PARA FORTALECER LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN EL PRIMER CICLO DE EDUCACIÓN PRIMARIA

TEACHING STRATEGIES TO STRENGTHEN READING AND WRITING IN THE FIRST CYCLE OF PRIMARY EDUCATION

Manuel de Jesús Mejía Carrillo
Universidad Pedagógica de Durango

Correspondencia

mtrochaparrito10@gmail.com

ORCID

0000-0003-3023-3211

Resumen

El presente ensayo tiene como propósito analizar el rol del docente y el uso del juego como estrategias clave para fortalecer la lectura y la escritura en el primer ciclo de educación primaria. En primer lugar, se destaca que el docente no sólo transmite conocimientos, sino que crea las condiciones para que los alumnos construyan el lenguaje escrito desde una perspectiva significativa. En segundo lugar, se argumenta que el juego es una estrategia lúdica poderosa que permite enseñar, evaluar y fomentar el aprendizaje a través del trabajo colaborativo, la creatividad y la implicación emocional de los estudiantes. Finalmente, se plantea que la evaluación debe ser formativa y continua, utilizando herramientas como los trabajos de los alumnos, diarios, grabaciones y fotografías para interpretar procesos y tomar decisiones pedagógicas. El texto concluye resaltando que enseñar a leer y escribir es una tarea compleja y profundamente humana, que requiere de docentes sensibles, reflexivos y comprometidos con el aprendizaje de sus alumnos.

Palabras claves

Alfabetización, docente y estrategias lúdicas

Abstract

The purpose of this essay is to analyze the role of the teacher and the use of play as key strategies to strengthen reading and writing in the first cycle of primary education. First, it is emphasized that the teacher not only transmits knowledge but also creates the conditions for students to construct written language from a meaningful perspective. Second, it is argued that play is a powerful ludic strategy that allows teaching, assessing, and promoting learning through collaborative work, creativity, and the emotional involvement of students. Finally, it is proposed that assessment should be formative and continuous, using tools such as students' work, journals, recordings, and photographs to interpret processes and make pedagogical decisions. The text concludes by highlighting that teaching reading and writing is a complex and deeply human task that requires sensitive, reflective, and committed teachers dedicated to their students' learning.

Keywords

Literacy, teaching, and playful strategies

DOI: <https://doi.org/10.56342/recv.vol14.n28.2024.47>

Recibido: 12 de mayo de 2024 **Aprobado:** 27 de julio de 2024

Introducción

En los primeros años de la educación primaria, los alumnos se enfrentan a uno de los procesos más trascendentes de su formación: aprender a leer y escribir. Sin embargo, este proceso no se da de manera automática ni uniforme. En múltiples aulas del país, especialmente en primer y segundo grado, se observa con preocupación que muchos docentes desconocen estrategias y métodos adecuados para enseñar estas habilidades básicas, lo que repercute directamente en el desarrollo comunicativo de los estudiantes.

Ante esta situación, se vuelve imprescindible reflexionar sobre el papel del docente como figura central en la construcción de ambientes de aprendizaje que promuevan la alfabetización inicial (Vargas, 2024). El aula no puede ser un espacio de repetición mecánica, sino un lugar donde se motive al alumno a interactuar con la lengua escrita desde una perspectiva funcional, significativa y cercana a su contexto.

Este ensayo tiene como propósito analizar el rol del docente y el uso del juego como estrategias clave para fortalecer la lectura y la escritura en el primer ciclo de educación primaria. Partiremos de la idea de que el maestro no sólo debe conocer los contenidos, sino también las herramientas didácticas que hagan posible que cada niño se apropie del lenguaje escrito como una forma de comprender y transformar su mundo.

El papel del docente en la adquisición de las habilidades comunicativas en el primer ciclo de educación primaria

El desarrollo de las habilidades comunicativas en la infancia (hablar, escuchar, leer y escribir) es una responsabilidad que recae principalmente en el maestro de educación primaria. No basta con que el alumno entre en contacto con materiales impresos; es el docente quien debe guiar, mediar, proponer y acompañar el tránsito del niño desde la oralidad hasta la lectura y la escritura formal. En este sentido, Gómez-Palacio (1995) afirma que el maestro, al conocer los acercamientos previos del alumno con las representaciones gráficas de la lengua, desarrolla cotidianamente la tarea de seleccionar y organizar los contenidos con fines de aprendizaje; lo cual le exige una intervención pedagógica deliberada, planeada y sensible al contexto.

Una de las problemáticas más visibles es el desconocimiento, por parte de algunos docentes, de las estrategias más adecuadas para iniciar a los niños en la lectoescritura. Esta carencia metodológica puede deberse tanto a una formación deficiente como a la falta de actualización profesional. Al respecto, la Secretaría de Educación Pública (SEP, 2001) enfatizaba que el enfoque español exige al maestro aplicar estrategias en forma permanente para favorecer el intercambio de ideas y opiniones a partir de la lectura y/o escritura de diversos textos.

El papel del docente no puede reducirse a la enseñanza de grafías ni a la memorización de letras; debe favorecer procesos significativos en los que el niño entienda que leer y escribir son prácticas sociales. La alfabetización inicial, entendida como un proceso y no como un producto, se construye mediante situaciones auténticas, en las que el lenguaje adquiera sentido para el alumno. Desde esta perspectiva, Gómez-Palacio (1995) sostiene que el alumno construye su propio conocimiento “a través de la actividad autoestructurante”, la cual debe ser respetada y estimulada por el maestro.

Esto implica reconocer que cada niño se acerca a la lengua escrita desde condiciones socioculturales distintas. La heterogeneidad del grupo obliga al maestro a observar, dialogar y ajustar constantemente sus decisiones didácticas. Por ello, Cohen (1997) destaca que el niño aprende, para bien o para mal, en todos los momentos de la clase y de todos los materiales que se le presentan; haciendo énfasis en la importancia del ambiente de aprendizaje como una herramienta pedagógica en sí misma.

La intervención docente se traduce, entonces, en la capacidad para diseñar y organizar situaciones didácticas que respondan a las necesidades reales del grupo. Esto incluye, según Gómez-Palacio (1995), identificar qué alumnos requieren ayuda específica, en qué actividades, cuándo promover el intercambio entre ellos y cómo formular preguntas que orienten la reflexión. De esta manera, el maestro no sólo enseña contenidos, sino que crea las condiciones para que el conocimiento emerja.

Como afirma Freire (2004), enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción o construcción. Esta mirada crítica del proceso educativo reafirma la necesidad de que el docente se asuma como mediador entre el alumno y el lenguaje, facilitando el acceso a la palabra escrita como una herramienta de comprensión y transformación del mundo.

El papel del maestro en los primeros grados de la primaria es decisivo (Pérez, Morales, Cuenca, & Privado, 2024). Su sensibilidad, creatividad y compromiso metodológico determinan en gran medida el éxito o fracaso del proceso de alfabetización. Un docente que conoce a sus alumnos, que organiza sus clases con intencionalidad pedagógica y que reconoce el valor formativo del lenguaje, es capaz de generar experiencias significativas que marcan la vida escolar y personal de los niños (SEP, 2024).

El uso del juego y la dramatización como estrategias didácticas para fortalecer la lectura y la escritura

Uno de los mayores desafíos en la enseñanza de la lengua escrita en los primeros grados de primaria es mantener el interés y la motivación de los alumnos. En este contexto, el juego se convierte en un recurso pedagógico poderoso, no sólo por su capacidad para captar la atención infantil, sino por su potencial para generar aprendizajes significativos desde la colaboración, la exploración y el placer por aprender. Como señala Allué (2002), jugando nos desarrollamos física y emocionalmente, al mismo tiempo que mantenemos nuestra inteligencia y reflejos despiertos. Esta dimensión integral del juego permite que la enseñanza de la lectura y la escritura deje de ser una práctica mecánica para transformarse en una experiencia viva.

Podemos decir que no sólo en preescolar, sino en toda la primaria, el trabajo-juego resulta un gran apoyo, tanto por los aprendizajes que permite como por el interés que despierta (Gómez-Palacio, 1995). Esta postura subraya que el juego no debe ser visto como un mero pasatiempo, sino como una estrategia didáctica válida y necesaria, especialmente en los primeros grados.

El juego, bien estructurado, permite enseñar, evaluar y fomentar aprendizajes de forma colaborativa, ya que propicia un ambiente en el que los alumnos participan activamente, toman decisiones, construyen acuerdos y desarrollan habilidades cognitivas y sociales. Un ejemplo claro de esto es la actividad “jugar al doctor”, donde los niños asumen roles (pacientes, médicos, farmacéuticos) y, al hacerlo, producen textos (recetas), interpretan etiquetas, explican síntomas y ejercen la escritura

funcional en un entorno lúdico. Este tipo de propuesta didáctica permite al docente observar el nivel de comprensión del sistema de escritura, la capacidad de organización de ideas, el vocabulario utilizado y la fluidez en la expresión oral y escrita (Gómez-Palacio, 1995). Así, el juego deja de ser únicamente una herramienta de motivación para convertirse en una forma de evaluación auténtica.

La dramatización es otra estrategia cercana al juego que favorece el uso del lenguaje en contextos creativos y colaborativos. Al preparar una obra, los alumnos leen, escriben guiones, discuten ideas, ensayan y se expresan frente a sus compañeros. Estas actividades no sólo fortalecen la lectura en voz alta, la escritura creativa y la expresión oral, sino que también promueven el respeto por turnos de participación, la escucha activa y la confianza en uno mismo. Para Alonso (1992, como se citó en la citado en SEP, 2001), el maestro debe romper con la imagen de corrector de errores para convertirse en un modelo activo que lee, escribe y juega con los niños, propiciando así un aprendizaje conjunto.

Desde el enfoque español, jugar y dramatizar no son estrategias accidentales, sino prácticas coherentes con la naturaleza social y funcional del lenguaje. Según Ormazábal, Hernández, y Zúñiga (2023) el juego se puede utilizar como una estrategia que permite reforzar aprendizajes, realizar autoevaluación, estimular el trabajo en equipo, y puede ayudar a cambiar la forma en que comprendemos la enseñanza. Esto cobra especial relevancia en contextos donde el rezago en lectura y escritura se debe, en parte, a metodologías rígidas que ignoran los intereses y las formas de aprendizaje de los alumnos.

Además, el juego fortalece el trabajo colaborativo. Actividades como “crucigramas”, “recorta y arma” o “descubre la relación imagen-texto”, propuestas por Gómez-Palacio (1995), promueven la discusión, la ayuda mutua, la argumentación y la construcción compartida del conocimiento. Estas acciones son especialmente valiosas en el aula multigrado o con alta diversidad cultural, donde las interacciones entre pares se convierten en una fuente adicional de aprendizaje.

El juego debe ser revalorizado como una estrategia pedagógica esencial en la enseñanza de la lectura y la escritura. Su inclusión en la planificación no debe verse como un extra, sino como un componente intencional que permite al docente enseñar, evaluar y fomentar aprendizajes colaborativos. Tal como lo plantea Pescetti (2002), un juego es como una obra de arte que sólo existe cuando se practica y para quienes lo practican; lo cual recuerda que el aprendizaje verdadero ocurre cuando se está involucrado plenamente, no desde la distancia ni la repetición, sino desde la vivencia compartida.

La evaluación como proceso reflexivo y formativo en el desarrollo de la lectura y la escritura

En la enseñanza de la lectura y la escritura en educación primaria, la evaluación no debe entenderse como un acto final de comprobación, sino como un proceso continuo, reflexivo y formativo que acompaña y enriquece la práctica docente. Evaluar implica mirar con atención lo que los alumnos hacen, dicen y producen, reconociendo en sus trabajos, actitudes y avances los indicios del aprendizaje que se está gestando (SEP, 2013). Desde esta mirada, el docente no se limita a calificar resultados, sino que observa procesos, ajusta estrategias y toma decisiones informadas para mejorar la enseñanza.

Uno de los medios más valiosos para evaluar de manera auténtica el desarrollo de las habilidades comunicativas son los trabajos de los alumnos, entendidos en

sentido amplio: tareas escritas, producciones orales, dibujos, composiciones colectivas, dramatizaciones y actividades lúdicas. Estas expresiones permiten valorar no sólo el nivel de dominio del sistema de escritura, sino también la creatividad, el pensamiento crítico y la apropiación personal del lenguaje. Resulta fundamental que el profesor diseñe actividades que el alumno debe realizar necesariamente para llegar a los aprendizajes consecuentes y que dichas tareas permitan la evaluación del proceso de aprendizaje que está teniendo lugar y de los resultados que se alcanzan (Casanova, 1998).

La evaluación formativa también se enriquece con herramientas más subjetivas, pero profundamente reveladoras, como el diario del docente (SEP, 2013). Esta práctica permite registrar, día a día, observaciones, intuiciones y reflexiones que surgen en el contexto del aula y que suelen pasar desapercibidas en los formatos tradicionales. Woods (1987, como se citó en Casanova, 1998), afirma que los diarios personales ofrecen una visión directa y sincera de lo que ocurre en la escuela, ya que representan las experiencias, observaciones y reflexiones de un participante que narra sin restricciones lo que ve y siente. Esta perspectiva humaniza la evaluación y permite al maestro identificar patrones, detectar dificultades y valorar logros más allá de lo medible.

Asimismo, recursos como la grabación de audio o video y el uso de fotografías aportan una dimensión visual y auditiva al proceso evaluativo. Escuchar nuevamente una lectura en voz alta, observar una interacción entre pares o analizar la participación en una dramatización permite al docente realizar un análisis más objetivo y detenido del desempeño de sus alumnos. Estas evidencias documentales ayudan no sólo a mejorar la comprensión del proceso, sino también a reflexionar sobre la propia práctica pedagógica, abriendo espacios para la mejora continua.

En este sentido, evaluar es también una forma de aprender (SEP, 2013). El docente que se compromete con una evaluación auténtica no busca sancionar ni simplemente acreditar, sino comprender, acompañar y transformar. La evaluación formativa, continua y situada contribuye a fortalecer la relación pedagógica y a consolidar el aprendizaje de la lectura y la escritura como procesos dinámicos, donde lo que importa no es sólo el resultado, sino la trayectoria.

Por lo tanto, la evaluación en el primer ciclo de la educación primaria debe concebirse como una estrategia de acompañamiento integral. Como recuerda Casanova (1998), desde la planificación misma, el maestro debe prever qué, cómo y cuándo evaluará, considerando los objetivos y estándares deseados. Evaluar con sentido pedagógico implica reconocer los múltiples lenguajes con los que los niños se expresan, y tener la sensibilidad para interpretar lo que hay detrás de cada palabra escrita, de cada dibujo, de cada silencio o participación en el aula.

A manera de cierre

La enseñanza de la lectura y la escritura en el primer ciclo de la educación primaria representa uno de los retos más significativos para los docentes, pues implica no sólo transmitir un sistema de signos, sino acompañar a los alumnos en la construcción de una herramienta vital para su desarrollo personal, académico y social. A lo largo de este ensayo se analizó el papel del docente como agente clave en este proceso, así como la importancia de utilizar estrategias lúdicas (como el juego y la dramatización) para facilitar el aprendizaje, sin dejar de lado el valor de una evaluación formativa, continua y reflexiva.

El docente debe ser un mediador consciente y sensible que reconozca la diversidad de trayectorias con las que los niños llegan al aula, y que diseñe situaciones didácticas que les permitan apropiarse de la lengua escrita de forma significativa. El uso del juego como estrategia lúdica potencia el aprendizaje al generar contextos en los que los alumnos participan activamente, colaboran, se expresan y se divierten. Esta experiencia emocional positiva fortalece los vínculos con el conocimiento, al tiempo que permite enseñar y evaluar desde la práctica vivencial.

La evaluación debe concebirse como un proceso que permite al maestro entender y acompañar los avances de sus alumnos. Herramientas como los trabajos escolares, los diarios docentes, las grabaciones y las fotografías enriquecen esta mirada y le dan profundidad. Así, enseñar a leer y escribir no es sólo una tarea técnica, sino una labor profundamente humana que exige creatividad, compromiso ético y una constante reflexión pedagógica por parte del docente.

Referencias

- Allué, J. M (2002). Juegos de interior. Parramón Ediciones.
- Casanova, M. A. (1998) La evaluación educativa. Escuela básica. SEP. https://jesusvasquez.wordpress.com/wp-content/uploads/2010/06/la_evaluacion_educativa.pdf
- Cohen, D. H. (1997). Cómo aprenden los libros. SEP. <https://cafge.org/wp-content/uploads/2015/04/1997-cohen-dorothy-como-aprenden-los-nilos.pdf>
- Freire, P. (2004). Pedagogía de la autonomía. Siglo XXI.
- Gómez-Palacio M., M. (1995). La producción de textos en la escuela. SEP.
- Ormazábal, V., Hernández, L. y Zúñiga, F. (2023). El juego como herramienta de aprendizaje en educación superior. Revista Electrónica de Investigación Educativa, 25, e28, 1-11. <https://doi.org/10.24320/redie.2023.25.e28.4952>
- Pérez E., M., Morales, Á., Cuenca, M., E., Privado, J. (2024). Percepción del alumnado universitario español de los Grados de Maestro/a sobre la mención en Educación Musical: estudio de caso Revista Complutense de Educación, 35(2), 407-417. <https://doi.org/10.5209/rced.85389>
- Pescetti, L. M. (2002) Taller de animación musical y juegos. SEP.
- Secretaría de Educación Pública (2001). Libro para el maestro, Español Tercer grado. Autor.
- Secretaría de Educación Pública (2013). Las estrategias y los instrumentos de evaluación desde el enfoque formativo. Autor. <https://sector2federal.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/04/4-las-estrategias-y-los-instrumentos-de-evaluacion-desde-el-enfoque-formativo.pdf>
- Secretaría de Educación Pública (2024). Perfiles profesionales, criterios e indicadores para el personal docente, técnico docente, de asesoría técnica pedagógica, directivo y de supervisión escolar. Autor. http://usicamm.sep.gob.mx/usicamm_dsk08/2025-2026/compilacion/EB/Marco_EB.pdf
- Vargas, S., M., C. (2024) El Modelo didáctico inclusivo, reflexión docente. Revista Latinoamericana de Calidad Educativa. <https://alumnieditora.com/index.php/ojs/article/view/1>